

SEGUNDA PARTE

LOS BASTARDOS DE ITALIA

I

GASTA DE TRAIADORES

Las viviendas que orillan el Escaut, en la escuadra formada por el bosque de Barri y los pueblos de Ramcroix y de Antoin, sirven de abrigo á una pequeña población poco ruidosa. Como el flamenco es normalmente apático, rara vez es aquel rincón de tierra teatro de discusiones y pugilatos. Es el país de la tranquilidad y la completa calma.

Allí se desconocen las ferias; la fiesta mayor nunca ha llevado más de dos histriones al mismo tiempo; la misma embriaguez sólo tiene adoradores infantiles, porque la bebida reconocida es el faro, cerveza fría y debilitante que comunica á sus adeptos una borrachera especial compuesta de pereza y sueño.

Sin embargo, el nombre de ese país es célebre en la historia, porque tuvo el triste honor de servir de campo cerrado á gran número de combatientes.

El 10 de Mayo de 1745, acampaban cincuenta mil hombres en aquel lugar : era el ejército del mariscal Mauricio de Sajonia. El ejército famélico, se puede decir, porque hacía ya un mes que oficiales y soldados se habían reducido á la ración congrua y se veían en la imposibilidad de proporcionarse la material, abasteciéndose en casa de algún habitante demasiado pobre ó demasiado rapaz.

Á pesar de tan desoladora penuria, en los regimientos de Francia reclutábase buen número de chocarros de cuartel, pues el buen humor no abandonaba á nuestras tropas, que se distraían como podían, en espera de los laureles por recoger y para distraer los estómagos no satisfechos. Entre otros, los mosqueteros negros de Lespere, acantonados en una torrentera apoyada en el bosque de Barri y atravesada por una pequeña vereda que, conduciendo á Antoin, podía ser estratégica, producían grande y alegre algazara. La tienda del Capitán teniente, que dominaba á las de sus oficiales, había sido plantada á horcajadas en esa vereda, contra las ruinas sin interés de un fortín demantelado. Acá y acullá, en la hierba, los hombres tendían la ropa blanca que un jinete había ido á lavar á Escaut; más allá, sobre árboles tumbados á modo de bancos, limpiaban otros sus correaes, arreglaban sus armas ó se entregaban á las dulzuras de un engañoso *farniente*.

Mas no todos eran tan prudentes. Especialmente dos grupos distraían de su deber los ojos del centinela de facción en lo alto del parapeto. El primero, compuesto de gente dicharachera y amante del bello sexo, formaba círculo en derredor de Marión, la más hermosa cantinera de la caballería de Conti, acantonada cerca de los mosqueteros. Marion contaba más adoradores que beneficios, pues todos aquellos buenos muchachos tenían tan vacía de dinero la bolsa, como lleno de ternura el corazón.

En medio del segundo grupo, dos guapos mozos, con el pecho descubierto y espada en mano, asistidos cada uno por un testigo, trataban mutuamente de atravesarse. Los dos esgrimidores llamábanse: Kergrass, alias « El Quite », y Finaud, apodado « Pincha-al-As. » Los dos testigos, Martinet, por mal nombre « Brizna de Amor », hijo del guarda del castillo de Tanlay, y Papus, que atendía por el mote de Fiera Bras, debían esos apodos á su manera de manejar la espada ó el florete; los dos primeros eran maestros de armas en el regimiento de dragones de Conti, y los otros dos, en el de mosqueteros.

Los espectadores de sus asaltos eran, en su mayor parte, reclutas jóvenes, que se quedaban con la boca abierta, á cada estocada, tan pronto parada como tirada, de aquellos buenos espadachines.

— ¡Tocado! gritó de pronto Pincha-al-As, alzando el arma.

La galería iba á comenzar á aplaudir; pero, antes de que el juez de campo emitiese su opinión, ya estaba El Quite en guardia.

— ¡Quita allá! ¡Fuera bromas!

Pincha-al-As quiso insistir.

— Sin embargo, me parece... dijo.

Eso fué su pérdida, porque El Quite se tiró á fondo y plantó su espada en el pecho de su compañero.

— ¡Tú sí que estás tocado! ¿Qué te parece, eh?.. exclamó al mismo tiempo.

El público titubeaba, porque no convenía buscar querella aunque fuera al menos diestro de aquellos tiradores.

Pero, como Pincha-al-As confesó, riendo:

— ¡Es verdad!.. ¡Lo estoy!.. — todos empezaron á aplaudir.

En seguida, Brizna de Amor, uno de los jueces de campo, dijo:

— ¡Uf! ¡ empieza á hacer calor!.. Convendría beber algo... ¡ El veros pelear de ese modo da sed!..

— ¡Y á mí también, hombre!.. ¿No os pasa á vosotros lo mismo, jóvenes?

De común acuerdo, los cuatro profesores de esgrima, insignes zorros de cuartel, habíanse vuelto hacia los inocentes que creían gratuito el espectáculo que acababan de presenciar.

— ¡Bravo! continuó Brizna de Amor, cogiendo á dos reclutas por el brazo: ¡Estos señores me convidan!

— ¡Qué corazones! exclamó Fiera Bras, cogiendo de la cintura á dos dragones.

— ¡Aceptamos! ¡ aceptamos! gritaron los dos últimos, imitando el movimiento.

Y, todos á coro gritaron:

— ¡Trae de beber, Maruja!..

Luego, en voz más baja, añadieron:

— Por supuesto, á condición de desquite, compañeros.

Los reclutas, halagados por aquella salida, convidaron á gusto, pues su candidez no les permitía adivinar que nunca llegaría la hora de ese desquite.

— ¿Qué les sirvo, amigos? preguntó la cantinera, al ver acercarse á su carro toda aquella procesión.

— Como dice mi paisano Chaminade, dijo Brizna de Amor soltando á sus dos víctimas para coger amorosamente la regordeta mano de la bella Maruja, mi corazón no necesita líquido ni sólido.

— ¿Qué, pues? interrogó la cantinera riendo.

— Buenos besos, hermosa; besos aplicados en dos tiempos al terciopelo de sus mejillas.

— ¡Bah! exclamó con sorna la joven, empujándolo con fuerza. Si tuviera que devolvérselos, maestro, me vería tímada, pues sólo encontraría pergamino que besar.

Todos rompieron á reir, y Maruja empezó á servir de beber á todos aquellos niños grandes, más sedientos que galantes.

Á aquella misma hora, en la carretera que contorneaba el bosque, dos hombres se acercaban á los campamentos de los dragones de Conti y de los mosqueteros de Lespare. Los dos estaban en el vigor de la edad, es decir, que frisaban en los cuarenta, y, aunque ambos tenían igualmente acentuado el tipo italiano, parecían ser de condiciones diferentes. El primero,

alto y bien proporcionado, estaba vestido á la manera de los grandes señores. Tenía porte elegante y, de no ser por la falsa expresión de su mirada, su rostro tenía todos los caracteres de la nobleza.

Su compañero, algo más bajo, tenía un rostro picaresco del peor efecto. Era, por decirlo en una palabra, el tipo perfecto del truhán. Llamábase Pietri Pertuso, y ejercía, para con su compañero, que era su hermano de leche, funciones de consejero. El compañero se hacía llamar Gonzalvo de Torino, y ostentaba el título de duque. Eran los dos mismos personajes que tuvo por compañeros de camino el vizconde de Courten, entre los bosques de Soulangy y el Armançon, la última noche de la Epifanía. Eran los enigmáticos extranjeros salvados por Lespare y que se habían marchado misteriosamente de su castillo, sin dar siquiera las gracias y sin haber enseñado el rostro.

— Pietri, decía el duque en el momento en que los encontramos en la carretera: ¿estás seguro de que el capitán no se halla en el campamento?

— Segurísimo, *signor*, repuso el interpelado; le he visto entrar en la tienda del señor de Noailles, que se ha ofrecido para sustituir al mariscal comandante en jefe, para algunos trabajos. Es de suponer que la entrevista será larga, porque los señores de Biron, de Croissy, de Lowendhal y de Estrées han acudido también á las órdenes del duque.

— ¿Tienes idea del motivo de la reunión?

— Sí, *signor*: el oír los informes de los espías.

— ¡Demonio!... ¿También se sirven, los señores

franceses, de esa calaña?... En fin, poco nos importa la causa. Lo principal, es que el diablo que nos protege se haya ocupado en alejar á ese capitán. Puedo, pues, sin temor, solicitar hablarle, sin correr peligro de verme en su presencia... ¡Entretanto, tú observa!... ¡Ya estamos!

En efecto, mientras hablaban, los dos italianos se habían acercado al parapeto en que estaba apostado el centinela de mosqueteros, y éste, que los acababa de distinguir en el momento en que salían de la obscuridad proyectada por los últimos matorrales, cruzó el mosquete, lanzando un resonante: ¿Quién vive?

— ¡Enviado del cuartel general! replicó imperturbablemente Gonzalvo sin detenerse.

— ¡Adelante! dijo el mosquetero, volviendo á alzar el arma.

El « ¿Quién vive?.. » había hecho levantar todas las cabezas. Los recién venidos bajaron el talud y acercáronse tranquilamente al carro de Maruja, en torno de la cual fraternizaban dragones y mosqueteros.

— Dispensen, amigos, preguntó Gonzalvo sin llevarse la mano al sombrero, para afirmar bien su elevada cuna, pues el ceño era prerrogativa de nobleza: ¿podrían ustedes decirme si el capitán teniente de mosqueteros está en este momento bajo su tienda, y si me sería posible entregarle un mensaje de que estoy encargado?

Brizna de Amor lanzó una mirada circular y respondió en nombre de todos:

— No creo que el capitán esté aquí, caballero; ha

oído decir esta mañana que lo había llamado el duque de Noailles para pedirle un informe.

— ¿Un informe? ¿Cuál?

Brizna de Amor no tuvo tiempo para contestar á la indiscreta pregunta.

Dos personajes de fisonomía tan singular como heteróclita compostura, acababan de surgir de detrás de las ruinas del fortín. No se parecían nada; pero formaban el más perfecto par de bichos raros que imaginar se pueda. Representétese un hombre de elevada estatura, de atezado rostro, mirada insolente, penden-ciero, y con el bigote en desorden, de cabellos grisáceos, crespos como lana, cejas pobladas, erizadas, todo cubierto con un sombrero de fieltro incoloro, pero con pluma y anchas alas, de forma y vetustez casi seculares; representétese un hombre así, y no se tendrá sino una idea incompleta del primero de aquellos dos individuos que calzaba botas á lo mosquetero y que abrigaba sus atléticas formas en badanas acuchilladas en muchos sitios. Su compañero, mucho más bajo y muy delgado, tenía el sistema capilar mucho menos desarrollado. En el labio superior, apenas poseía más de tres pelos bastante largos; pero de color indefinido, tirando á azafrán. Un sombrero en forma de embudo ocultaba mal su peluca de cáñamo y sus ojillos, en que se notaba maliciosa inteligencia. Llevaba zapatos con hebilla; medias caídas, y de los hombros le pendía una especie de levita de cuello pequeño, como la que usaban los abades de aquella época. Dos tizonas de longitud inverosímil y que

sonaban á hierro viejo completaban el equipo de tan extraña pareja.

Á las palabras « Un informe, ¿cuál? » pronunciadas por Gonzalvo, Brizna de Amor no pudo responder, porque el propietario del sombrero pasado de moda le había cortado la palabra, contestando irónicamente:

— El de saber cuántos vasos de este insípido faro podrían vaciar los valientes del ejército de Flandes, sin respirar y sosteniéndose en una sola pierna.

— Y cuantas personas del sexo, dijo tiernamente el poseedor del sombrero de embudo, tan seductoras como nuestra Maruja, harían falta para que los valientes corazones del citado ejército, pudieran sin peligro unirse en justas y legítimas bodas.

La bella cantinera soltó una estrepitosa carcajada y dijo al galán:

— Pero no con usted, maestro, pues parecería que se casaba una con el asta de la bandera.

— ¡Pues harían mal, muy mal, querida Maruja, y se arrepentirían, pues yo no tengo ya que dar pruebas!

Aprovechando ese intermedio, el señor extranjero pudo deslizar al oído de su confidente:

— ¡Creo que ese gran diablo y ese mediano aficionado á las faldas se están burlando de nosotros!...

— ¡Chitón! respondió en voz baja Pietri, colocándose un dedo en los labios. Andemos con ojo, y procuremos evitar que se fijen demasiado en nosotros esos soldadotes. Por ahora, parecen pertenecer á las com-

pañás francas ; pero están más al servicio de nuestro enemigo que al del rey.

— ¿Cómo los llamas ?

— Mírelos bien, *signor*, á fin de poderlos reconocer. Tiene usted ante sí á los dos inseparables espadachines que fueron instrumento de la venganza del capitán Lespare, y que le son muy adictos.

— ¡Cómo ! ¿son esos bandidos.... Fileas Jarnac y Chaminade?... ¿Los cómplices del asesinato de su ilustre padre y del mío ?

Gonzalvo de Torino dejó ver una contracción en los labios y murmuró, dominándose :

— Gracias por habérmelos dado á conocer, Pietri. Cuando llegue la ocasión no andaremos con escrúpulos.

— ¡Oh ! En cuanto á eso, descuide usted, *signor* : hay entre nosotros antiguas cuentas que ajustar, y les haré el menor crédito posible... pero... ¡ silencio ! que nos espían !

El hombre del sombrero Luis XIII que, ya lo hemos oído, no era sino nuestro amigo Fileas Jarnac, los miraba, en efecto, con el rabillo del ojo, hacía un momento.

— ¡ Por vida de ! ¿Qué tendrán que decirse en voz baja ? preguntó á Chaminade (el aventurero del embudo), su inseparable. No me gusta su cara... ¿Qué te parece ?

— Mi noble amigo, respondió el propietario de los cabellos rojizos, soy el más feliz de los hombres. Los ojos de la bella Maruja acaban de fijarse en mí y desmentir sus palabras.

— ¡ Ah ! *povero !*... Olfateas demasiado las faldas !... El bello sexo será tu perdición... ¡ Acuérdate de la fidelidad que cometiste la torpeza de jurar á la intemperante Perina, tu volátil esposa !... Piensa que seguir los mismos principios sería ofender á tu hija, Justina Chaminade, mi ahijada... y que yo no podría soportarlo, ¿ me entiendes ?

— ¿ Tú ? ¿ Por qué, pues ?

— ¿ Lo preguntas, ingrato ? ¡ Pues porque me dejé arrancar el corazón dejándote casarte con la espléndida Perina, á quien yo amaba, y que se dejó cortejar por otros !... ¡ y porque... porque... en poco estuvo que fuera yo el padre de tu hija !...

— ¡ Ay ! ¡ Jarnac, me deshaces el corazón !

— ¡ Ay ! chiquillo, chiquillo, exclamó el viejo maestro estrechando á su amigo entre sus largos brazos, perdona á Fileas el haber cometido la canallesca estupidez de recordar tus penas.

He aquí lo que motivaba este incidente :

Unos veinte años antes, el maestro de armas de Auberras, se había casado con una paisana suya, Perina, linda moza de Cevennes. De esa unión nació una hija, Justinita. Mas Perina no tardó en dar pruebas de infidelidad. Jarnac, hacia quien había dirigido sus miras para engañar á su esposo, trató, como verdadero amigo, de ponerla en el buen camino. Aunque ella se rindió, muy á disgusto, á su razonamiento, no duró esto mucho.

Cierto día, al entrar en el hogar, el de Cevennes encontró su morada vacía. Perina se había propor-

cionado un cómplice menos escrupuloso y había volado lejos del domicilio conyugal, dejando como recuerdo á su marido, á la niña por ella abandonada. Recordar á Chaminade aquella desgracia ya remota, era enlutarle el alma...

— ¡Vaya! continuó Jarnac, tratando de hacer olvidar sus últimas palabras, que constituían una plancha, ¡basta de sentimiento! Abramos el ojo y bien, para vigilar á esos dos individuos cuya catadura no me dice nada bueno.

Ninguno de los dos sospechaba en aquellos extranjeros á los mismos que tan mal habían aprovechado su hospitalidad en Tanlay. El responso de su amigo hizo bajar la frente á Chaminade. Se sentía en falta.

Por su parte, los dos italianos no podían aceptar sin protestas las guasonas explicaciones de los dos maestros. No replicar hubiera sido rebajarse á la vista de los soldados allí reunidos aún. Así lo comprendió Gonzalvo, y por eso, dando un paso hacia Jarnac, le dijo en tono de soberbia arrogancia:

— Acaban de mostrarse ustedes muy agradecidos, villanos; pero les aconsejo que sean más corteses y menos guasones en lo sucesivo, de lo contrario podrían resentírseles las orejas.

— ¡Por vida de! exclamó el viejo esgrimidor, llevando la mano á la cazoleta de su espada.

En el acto, los reclutas se agruparon como para presenciar un espectáculo. El asalto dado por los dos maestros de armas, no fué sino un pasatiempo cuyos gastos habían tenido que pagar. Pero la actual alga-

rada, tomaba el cariz de una pelea en regla. Iban, pues, á asistir á un duelo, que acabaría con sangre y no con faro como el otro.

Por desgracia, no tardó el prudente Chaminade en desvanecer tal esperanza. Cogiendo del brazo á su noble amigo, con fuerza suficiente para impedirle desenvainar la espada, pronunció con voz tan melosa que por sí sola constituía un insulto:

— ¿Se permite el *signor* hablar de nuestras orejas? Si el *signor* es lo bastante amigo de su pelleja, para acoger un humilde aviso, le aconsejaré que no nos las caliente.

Se esperaba tan poco tan bufa salida, que las carcajadas brotaron por sí solas.

Brizna de Amor la halló magnífica, y Maruja envió un beso al gracioso orador.

— ¡Vaya! exclamó Jarnac. Estos señores harán bien en cuidar de sus palabras, porque Petrusquina es excesivamente cosquillosa. — Petrusquina era el nombre de su espada.

— ¿Á qué calentarte la sangre, mi noble amigo? díjole su *alter ego*. Deja que descanse tu Petrusquina. ¡Con estos dos lindos caballeros no hay para una empanada!

La situación se hacía insostenible para los dos italianos. Gonzalvo se arrepentía de haber provocado la disputa y trató de dar el cambio.

— Estoy seguro de que su capitán no autoriza las provocaciones, dijo, tratando de escudarse en su dignidad.

— Es posible, contestó Jarnac. Y, no hallando nada que añadir, volvióse desesperadamente hacia su acólito.

Entonces se estableció este diálogo burlesco entre los dos esgrimidores, uno componiendo la frase con voz reprimida; el otro, repitiéndola en voz muy alta, adornándola con alguna que otra interjección:

— Pero, lo que no autoriza... dijo Chaminade.

— Pero, ¡canastos!.. lo que no autoriza... repitió dócilmente Jarnac.

— El capitán...

— El capitán...

— Sobre todo, en el campamento...

— Sobre todo, en el campamento, ¡caramba!...

— Son los indiscretos...

— ¡Claro! son los curiosos...

— ¡Y como ustedes no pueden ser más preguntones, el capitán, hallando fuera de lugar esa curiosidad, podría rogarles que pasasen ante el preboste de policía! dijo de un tirón Chaminade.

Desmontado por la largura de esa frase, Fileas Jarnac quedó mudo un segundo; luego, tomando su resolución, exclamó con voz de trueno, calándose el sombrero y volviendo desdeñosamente los talones:

— ¡Es cosa del preboste de policía!

Pietri tuvo que contener á su amo, á quien ese último insulto acababa de exasperar.

— Paciencia, *signor*, le dijo á media voz: ya llegará la hora en que podamos dar á esos miserables el pago de sus alfilerazos, con buenas estocadas.

II

PINCHAZO DE AGUJA

En aquel momento, la atención de todos dejó de fijarse en la pareja italiana, por la inopinada abertura de la puerta de tela que daba acceso á la tienda del capitán, puerta que, al alzarse, dió paso á un joven alférez de mosqueteros negros.

Ese joven oficial, de rostro imberbe y rosado, de manos blancas, era de pequeña estatura. Sus dos pies hubieran podido albergarse cómodamente en una de las botas de Brizna de Amor, y, en fin, particularidad no menos notable, tenía una voz capaz de dar envidia á las damas más coquetas de la corte.

Había sido presentado al cuerpo de oficiales por el capitán teniente conde Luis de Lespare, con el nombre de Enrique, vizconde de Lespare, y todos aquellos señores, aunque sorprendidos por su belleza femenina, diéronse pronto cuenta de que en su pecho abrigaba un joven corazón de león.

Era aquella su primera campaña. Aun no había re-

cibido el bautismo de fuego. Sin embargo, el vizconde Enrique, favorito del regimiento, supo hacerse respetar en seguida, gracias á la asombrosa maestría con que sabía manejar la espada, como digno hijo de su padre. Fileas Jarnac y Chaminade, que siempre habían vivido como familiares del conde de Lespare, debían de conocer mejor que nadie al vizconde Enrique, el cual, en su juventud, había saltado más de una vez en sus rodillas. Sin embargo, al ver que el joven oficial se acercaba á ellos, el tostado rostro de Jarnac se cubrió de un tinte menos obscuro (ese era su modo de palidecer), y murmuró cariñosamente:

— Señorita...

La mano de Chaminade, aplicada contra la boca de su compañero, interrumpió á éste, que se volvió carmesí, comprendiendo que se había descuidado.

El joven alférez llegó á él.

— Jarnac, le preguntó con aquella voz melodiosa como un canto y que asombraba siempre á las personas que nunca habían hablado con él: ¿ sabe usted dónde está mi padre?

— Está en el cuartel general, señorito Enrique, murmuró el tolosano.

— Ya sabe usted, continuó Chaminade con su intención, que forma parte del consejo de guerra que tiene que decidir de la suerte de los espías sorprendidos interrogando á nuestros merodeadores.

Gonzalvo de Torino había oído y exclamó con audacia, mezclándose en la conversación:

— ¡ Ah! ¡ sí! los oficiales franceses tienen la manía

de ver espías por todas partes: se echa la mano á un pobre diablo, se abre un expediente; el que se ha apoderado de tan inofensivo paseante, culpable sólo de ignorar las bárbaras costumbres de los ejércitos en campaña, es llevado á la orden del día; tanto peor para el imbécil que se ha dejado coger, si acaba sus días ante un pelotón de ejecutores, para satisfacer la manía de los jefes que funcionan como corte marcial...

— Dispéñeme, caballero, interrumpió estupefacto el oficial; no sé quién es usted; pero le veo excesivamente audaz por atreverse á hacer esas observaciones acerca del capitán conde de Lespare, mi padre, y eso, en medio de la compañía... Le ruego, y en caso necesario le ordeno, que se retracte.

— ¡ Lespare!.. ¡ su padre!.. balbució Gonzalvo, en tanto que Jarnac hablaba al oído al oficial.

— ¡ Llévese el diablo sus nervios, *signor!* exclamó por su parte Pietri; ¡ tenga cuidado! ¡ tenga cuidado! Va usted á proporcionarse un mal asunto. Y hasta creo que sería prudente marcharnos en seguida.

— ¿ Ese mocoso es su hijo? ¡ Su hijo! se repetía el caballero italiano. Es el que hemos tenido al alcance del puñal, en la barca, la noche de la inundación... No, Pietri, no debemos salir de aquí antes de haber recogido algunos datos. Además, yo querría dar una lección á ese joyen matamoros... El lobezno tiene ya colmillos. ¡ Viene de raza!

— No aumente usted su imprudencia, *signor.* Ya hemos permanecido demasiado tiempo aquí... El capitán puede llegar de un momento á otro.

Como puede suponerse, esas palabras fueron cambiadas en voz baja; pero Gonzalvo de Torino parecía alimentar demasiada animosidad para rendirse á las razones dictadas por la prudencia de su consejero. Sin responderle, renovó el ataque, interpelando otra vez al joven alferez de mosqueteros.

— Es usted aún sobrado imberbe, caballero, dijo con befa, para pretender conocer el lado bueno y el malo de su oficio. Mucho dudo que pueda observarse estrictamente la disciplina en una compañía mandada por oficiales que apenas acaban de dejar el biberón.

— ¡ Por vida del exclamó el Tolosano, que impuso silencio á los soldados, cuya cólera subía en un murmullo de tempestad, porque se sentían todos ofendidos por el ultraje dirigido á su jefe favorito. ¡ Este individuo va hacerse traspasar la pelleja!

Enrique no se movió y estaba mirando el suelo. No se pintó la palidez en sus mejillas. Creyérase que no había oído ó entendido, pues ya había dado pruebas suficientes de no ser pusilánime. El duque de Torino pareció muy sorprendido por actitud tan imprevista. No se esperaba verse en la obligación de volver á la carga. Por lo cual tuvo que improvisar una nueva burla para continuar su papel.

— Fíjate, Pietri, dijo echando una mirada circular, por la que dejó ver todo su odio, ¿ no parece esto una compañía de pantomima mandada por una señorita?

Como los reclutas de dragones no entendían una palabra de aquella discusión, no sabían si enfadarse ó reír. En cuanto á los mosqueteros, aristócratas

todos, y á los maestros de armas, éstos roían coléricamente sus frenos; pero no decían una palabra, comprendiendo que, tratándose de su oficial, el entrometerse hubiera sido un reproche.

Tras las últimas palabras de Gonzalvo, hubo una pausa penosa para todos. Luego, el alferez, levantando la cabeza y dirigiendo una mirada insultante, dijo con punzante tono:

— Basta de burlas, caballero; no siendo yo dueño de mí, porque estoy de guardia, he creído, en tanto que su sarcasmo me ha tomado por blanco, poder despreciarlo por deber. Desgraciadamente para usted, su improvisación, yendo demasiado de prisa, ha pasado del límite. Acaba usted de ofender á mis subordinados tratándolos de soldados de pantomima... Eso no puedo tolerarlo, y le ordeno que retire sus palabras...

— ¿ Usted me ordena? murmuró con sorna el italiano. ¿ Y qué sucedería si yo me negase á obedecer?

— ¡ Le obligaría á hacerlo, espada en mano!

— ¡ Qué guasa! ¡ Tiene usted una manita demasiado débil, para poder tener en ella otra cosa que un ganchillo de hacer calceta, y yo tendría que ir en busca del de mi abuela!

— Decididamente, es usted tan cobarde como insolente, exclamó Enrique, acabándosele la paciencia; y azotó dos veces con el guante el rostro del italiano.

Un inmenso suspiro de descanso salió de todos los pechos. De no haber sido por respeto á su joven oficial, los maestros de armas, los mosqueteros y dragones hubieran aplaudido, al ver castigar de aquel

modo al arrogante personaje. En cuanto á los reclutas, éstos pudieron pensar, no sin razón, que si los caballeros de la compañía y los dos maestros de armas de las compañías francas les habían ofrecido un simulacro de duelo, ahora iban á presenciar estocadas más serias.

— ¡Al fin! pensaba al mismo tiempo Gonzalvo, el muchacho ha tardado en decidirse; pero ya lo tengo, y ¡demonio! no saldrá de mis manos sino para rodar por el suelo.

Y, en voz alta, continuó:

— Señorito, con gran sentimiento mío, acaba usted de invitarme, algo bruscamente, á darle una lección de cortesía; ¡voy á proporcionársela!... ¡Mas bien sabe Dios que he hecho todo lo posible para evitarle este encuentro ridículo!

Jarnac y Chaminade se habían acercado al alférez y le hablaban animadamente en voz baja.

— No merece la pena insistir, amigos míos, dijo el joven rechazándolos; siempre he deseado recibir lecciones de un maestro italiano. Este señor tiene la amabilidad de ofrecerse, ¡y con qué cortesía!

— ¡No daría yo un maravedí por la pelleja de ese animal pendenciero! exclamó desternillándose de risa el viejo maestro de armas.

— ¡Ni yo! dijo el inocente Chaminade, atusándose los tres pelos amarillentos del bigote, para tratar de imitar, aunque sin conseguirlo, al ademán de su padre.

En nuestros días, el duelo, como otras cosas, ha perdido gran parte de su prestigio.

Ahora es cuestión de propaganda, que empieza con un paseo matutino y, en cierto modo, saludable, y acaba siempre en la mesa. De estos encuentros de broma, los adversarios regresan más sanos y más amigos que antes, después de haber medido, por fórmula, el terreno y las espadas de alquiler: esas infortunadas espadas, siempre las mismas, que sirven desde que se inventó el periodismo, y que todavía ignoran el color de la sangre. Pero, como siempre hay que atacar algo, las botellas son las víctimas expiatorias más indicadas.

En los tiempos de que hablamos, los tiradores no habían llegado aún á ese estado de degradación, y como las querellas terminaban, generalmente, de modo enfadoso para uno de los adversarios, cuando no para los dos, se les concedía un tiempo moral para recogerse antes del encuentro.

Los mosqueteros de Lespare y los dragones de Conti, respetando esa costumbre, habíanse retirado hacia las tiendas, así que el duelo se consideró inevitable. Entonces, acompañado de una emoción que no podía dominar, murmuró Jarnac, inclinándose hacia el alférez:

— Tenga cuidado, señorito Enrique... ¿Qué diría nuestro amigo Luis, si le ocurriera á usted algo?

— El capitán, querrás decir, replicó Chaminade.

— ¡Eso es! ¿Qué diría el capitán, que no juega con la disciplina?

— Nada teman, repuso el vizconde, riendo. Nada puede temer de cualquier espadachín un discípulo de Jarnac y Chaminade.

— Por su parte, los dos italianos hablaban en voz queda.

— *Signor*, decía Pietri Pertuso, soy del mismo pueblo que usted, y tan supersticioso como usted debe de ser. ¿No tiene el presentimiento de que esta lucha ha de serle fatal?.. ¿Qué diría al conde, si éste llegase á venir?

— No te forjes lúgubres ideas, repuso Gonzalvo, dando el chambergo y la capa al consejero; espada en mano, no temo á un hombre, y menos todavía á un niño. Dentro de un momento, todo habrá terminado. Un simple arañazo lo bastante visible para desfigurar á ese lindo jovencuelo... y nos marchamos de aquí...

— No se disculpen ustedes, decía á los profesores el vizconde, despojándose del dolmán. Siempre seré para ustedes el alumno que han formado, agradecido á sus viejos amigos. Á menudo temen ustedes por mí; pero jamás se ha mostrado mi brazo, por débil que sea, en desacuerdo con mi voluntad... Diga, maestro Jerónimo, ¿no le he hecho brotar bastantes gritos de admiración en nuestra sala, allí, detrás del Pequeño Châtelet? ¿No he vencido á bastantes aficionados peritos, á espadachines de profesión, á esos matones de arrabal que antes, no después, alardeaban de no haber encontrado nunca un maestro?

— ¡Es verdad!

— ¡Sí, es verdad!

— En ese caso, amigos míos, nada de envidia, y vengan á ver si tengo menos fortuna en el terreno que en la sala.

Y, acercándose á su adversario, dijo el alferez, sacando la espada:

— Cuando usted guste, caballero.

— Á sus órdenes, mi... oficial, repuso Gonzalvo imitándole.

El alferez y el italiano hicieron el saludo, según el rigor de las antiguas costumbres; luego, pusiéronse en guardia, en tanto que los soldados volvían en grupo para presenciar el combate, y que Maruja, espantada, se iba hacia su carro.

— ¡Á usted! dijo el italiano, dando su espada.

— ¡Á usted! replicó el mosquetero, con esa cortesía que es otra de las bonitas costumbres abandonadas por nuestros duelistas modernos.

Comenzó el desaffo. El italiano era muy diestro. Maniobrando con prestigiosa rapidez, derrochando de golpe todo su vigor, toda su maña, trató durante tres minutos — tres minutos son largos para quienes ven á dos hombres espada en mano — de buscar el cuerpo de su adversario con la punta de la espada. Pero, ante el pecho del joven oficial había como una impenetrable coraza, como una muralla de hierro. Ya no era el joven de facciones afeminadas cuyo rostro, demasiado sonrosado para un oficial, había sido la causa inicial de la befa del duque de Torino. Su cuerpo ágil y su diminuta mano, no inspiraban ya ninguna idea de debilidad. Muy al contrario. Sus ojos, aquellos ojos tan dulces un rato antes, tenían ahora extraños resplandores y parecían despedir rayos de acero... Además, mientras que por el en-

cendido rostro del Italiano corrían gruesas gotas de sudor y que su respiración empezaba á salir corta y silbante, el alferez conservaba su calma, y paraba las estocadas con una precisión soberbia, sin atacar. Parecían un ratón y un gato, pero un gato que se dejara roer las uñas por el ratón. Apurados todos sus recursos, habiendo agotado en vano toda su ciencia é intentado sin éxito todas las estocadas conocidas, Gonzalvo, recordando de pronto una estocada asesina de la cual era difícil escapar, pasó rápidamente la espada á la mano izquierda y se tiró terriblemente á fondo.

— ¡Demonio! gritó Jarnac, precipitándose para recibir en sus brazos el cuerpo del oficial, á quien creía atravesado de parte á parte. Pero, resultado imprevisto, á su exclamación respondió un grito de dolor, y el duque de Torino fué quien se desplomó en el césped, jurando y llevándose la mano al cuello, en donde se veía una gota de sangre. Con sin igual presencia de ánimo, el oficial había parado en el acto, desviando la punta que iba derecha á su pecho.

— ¡Lado del corazón! murmuró sonriendo. Luego, tirándose á fondo, por primera vez desde el comienzo del duelo, había herido á su adversario en plena garganta, añadiendo tranquilamente:

— ¡Ahí va eso; caballero, como simple advertencia para que no vuelva á hablar tan á la ligera de las tropas reales!... ¡Dos líneas de acero, nada más!... ¡Pinchazo de aguja no es mortal!

— ¡Bravo! ¡bravo! ¡Viva nuestro alferez! clamaron, entusiasmados, los mosqueteros.

Un toque de corneta apagó sus voces, y, en el silencio que siguió, el centinela gritó estas palabras:

— ¡El capitán!

Pietri Pertuso se había precipitado hacia su amo que sólo había sido herido, en efecto, por un arañazo, y le ayudaba á levantarse, gimiendo:

— ¡Ahora no podremos salir de aquí! ¡Su orgullo y su terquedad serán causa de nuestra pérdida, *signor!*

— ¡Bah! exclamó Gonzalvo, satisfecho por verse aún en este mundo, tras tan gran peligro. Sabe que, con audacia y sangre fría, siempre sale uno adelante en nuestro oficio.